

# EL ORÁCULO DE LA NOCHE

Sidarta Ribeiro

o

---

## Fragmento

1

¿Por qué soñamos?

Cuando tenía cinco años de edad, el niño pasó por un periodo perturbador en el que todas las noches tenía la misma pesadilla. En el sueño vivía sin parientes cerca, solo en una triste ciudad bajo un cielo lluvioso. Gran parte del sueño transcurría en un lodazal de callejones que circundaban lúgubres construcciones. La ciudad, cercada por alambradas de púas e iluminada por insistentes relámpagos, parecía más bien un campo de concentración. El chaval y los otros niños del lugar llegaban invariablemente a una espantosa casa habitada por brujas caníbales. Uno de los pequeños —nunca el niño— entraba en el edificio de tres plantas y todos se quedaban observando sus ventanas oscuras, esperando a que una de ellas se iluminara de repente y revelara el perfil del chico y de las brujas. Se oía un grito horripilante y así terminaba el sueño, que se repetía cada noche con todo lujo de detalles.

El niño desarrolló pánico a acostarse y comunicó a su madre la decisión de no volver a dormirse nunca más con el fin de evitar la pesadilla. Permanecía inmóvil en la cama, solo en su habitación, luchando ansiosamente contra el sueño, decidido a mantener la vigilia. Pero al final acababa rindiéndose y después de unas horas volvía a empezar todo de nuevo. El temor de ser el niño elegido para entrar en la casa era tan grande que no le permitía evitar la repetición de la trama y hacía que cayera una y otra vez en la misma trampa onírica. Su diligente madre le enseñó a pensar en jardines llenos de flores cuando se quedaba dormido, lo que calmaba el comienzo del sueño. Pero después de la oscura cortina de la medianoche, la pesadilla regresaba de forma inexorable, como si no fuera a dejar paso a la madrugada.

Poco tiempo después comenzó sesiones de psicoterapia con un excelente especialista. De esa época solo le quedan recuerdos de juegos de mesa guardados en una bonita caja de madera en el consultorio. En algún momento el psicólogo, hábil, sugirió controlar el sueño de alguna manera. Y entonces otro sueño sustituyó a la pesadilla de las brujas.

También tenía un argumento desagradable, aunque ya no de terror, sino de un suspense hitchcockiano con una sorprendente edición de imágenes. El thriller se

vivía en tercera persona: el niño no veía el sueño a través de sus ojos, sino desde fuera, como si estuviera viendo una película sobre sí mismo. El sueño, que transcurría en un aeropuerto y siempre terminaba del mismo modo, se repetía todas las noches. Había un compañero adulto de pelo oscuro que ayudaba al niño a buscar a un criminal demente. El niño no lograba encontrarlo y abandonaba la estancia con su amigo. Pero entonces, para su gran ansiedad, un «movimiento de cámara» mostraba al criminal que buscaban, bocabajo, colgado del techo del vestíbulo como una enorme araña en una grieta entre las paredes... Lo más perturbador era no haberlo visto antes, aunque había estado presente todo el tiempo.

Después de algunas sesiones más de psicoterapia lúdica y conversaciones sobre el control de los sueños, el niño desarrolló una tercera trama onírica, ya no una pesadilla, sino un sueño de aventuras, lleno de peligros pero acompañado de mucho menos miedo y ansiedad. Se trataba de la caza de un tigre en la selva india; el niño aparecía a todas luces como un héroe, un Mogli con ropa de colonizador británico, observado desde fuera en tercera persona. El mismo amigo adulto de pelo oscuro lo acompañaba al principio del sueño a través de una densa vegetación hasta que veían acantilados y un mar agitado. En el lado derecho del campo visual había una isla elevada, pequeña y rodeada de despeñaderos, y al fondo el sol se ponía en colores fuertes bajo un cielo gris. El final de la tarde se acercaba y era casi imposible ver la cara del amigo. El niño advertía la presencia de un tronco que conectaba el continente con la isla; suponía que el tigre estaba escondido allí y proponía a su amigo acorralarlo. Este se mostraba de acuerdo, pero explicaba que a partir de ese momento el niño tendría que seguir solo. El chaval avanzaba con un rifle en la mano y comenzaba a cruzar el tronco, manteniendo el equilibrio a varios metros de un mar verdoso y enfurecido cubierto de espuma blanca. Las nubes se abrían, el sol poniente aparecía y el horizonte se teñía de naranja, rojo y violeta. El niño pisaba el suelo de la isla y miraba la maleza con el rifle en ristre, imaginando que apuntaba al tigre detrás de las hojas. Y entonces, de repente, se daba cuenta de que el animal se había situado a su espalda, sobre el tronco. El acorralado era él.

Incluso antes de la llegada del miedo, el niño decidía lanzarse al mar sin pensarlo más. Caía desde arriba y, cuando golpeaba contra el agua, el sueño adoptaba de repente la primera persona, con una vivacidad aumentada por el brusco encuentro del cuerpo caliente con el agua fría. Advertía que estaba soñando y veía con sus propios ojos el mar oscuro que lo rodeaba. Por un instante todo se volvía gris; luego empezaba a nadar para rodear la isla, pero tenía miedo, y el temor le hacía advertir un enorme tiburón a su lado. El susto y el suspense ralentizaban el tiempo; a continuación todo se calmaba. Entre el mar y el cielo cada vez más oscuros, el niño seguía nadando tranquilamente junto al gigantesco tiburón, y nadaba y nadaba por la noche y no pasaba nada malo hasta el día siguiente... Poco tiempo después de comenzar a soñar con el tigre y el tiburón, estas tramas oníricas abandonaron al niño para nunca más volver. Desaparecieron las pesadillas, pasó el miedo a dormir, y la paz de la noche volvió a su casa.

## CLARO ENIGMA

¿Cómo dar sentido a tantos símbolos, a tanta riqueza de detalles? ¿Cómo explicar la repetición tan fidedigna de la trama? ¿Y la repentina aparición y desaparición de esta serie onírica? ¿Cómo lidiar con las pesadillas recurrentes que incluso llegan a suscitar miedo a quedarse dormido? Proporcionar respuestas a estas preguntas requiere entender los orígenes y las funciones del sueño.

Durante la vigilia —de día o de noche, pero con los ojos bien abiertos—, experimentamos una sucesión de imágenes, sonidos, sabores, olores y toques. Despiertos, vivimos sobre todo fuera de la mente, porque nuestros actos y percepciones están ligados al mundo fuera de nosotros. Entonces, con mayor o menor periodicidad —de noche o de día, pero con los ojos bien cerrados—, entramos en ese estado de inconsciencia en el que se apaga la pantalla de la realidad. Poco recordamos de este sueño tan familiar y reparador, por lo que es común pensar que se trata de una ausencia total de pensamientos. El sueño se presenta como una «no vida», una «pequeña muerte» cotidiana, aunque esto no sea cierto. Hipnos, el dios griego del sueño, es hermano gemelo de Tánatos, el dios de la muerte, ambos hijos de la diosa Nix, la Noche. Transitorio y en general placentero, Hipnos es profundamente necesario para la salud mental y física de cualquier persona.

Algo muy diferente sucede durante el curioso estado de vivir para dentro al que llamamos «sueño». Allí reina Morfeo, que da forma a los sueños. Hermano de Hipnos según el poeta griego Hesíodo, o hijo de Hipnos según el poeta romano Ovidio, Morfeo lleva los mensajes de los dioses a los reyes y lidera una multitud de hermanos, los Oniros. Estos espíritus de alas oscuras emergen todas las noches a través de dos puertas, una hecha de cuerno y la otra de marfil, como una bandada de murciélagos. Cuando cruzan la puerta de cuerno —material que, cuando se vuelve muy fino, es transparente como el velo que recubre la verdad—, generan sueños proféticos de origen divino. Cuando pasan por la puerta de marfil —siempre opaco, incluso cuando queda reducido al grosor mínimo—, provocan sueños engañosos o sin sentido.

Si los antiguos se dejaban guiar por los sueños, la confianza en ellos de los contemporáneos es mucho menor. Casi todo el mundo sabe qué es el sueño, pero pocos lo recuerdan al despertar por la mañana. El sueño en general se nos presenta como una película de duración variable, de comienzo a menudo indefinido, pero que casi siempre lleva a un desenlace concluyente. En una definición preliminar, el sueño es un simulacro de realidad hecho de fragmentos de recuerdos. Normalmente participamos en él como protagonistas, lo que no significa que tengamos control sobre la sucesión de acontecimientos que constituyen la trama onírica. Al actuar en él sin conocer su guion y dirección, muchas veces experimentamos sorpresa e incluso euforia. De igual modo, es común que el sueño escenifique situaciones de gran frustración o decepción.

A pesar de reflejar las preocupaciones de quien sueña (es decir, del «soñante»), el curso del sueño es casi siempre impredecible. La lógica de los acontecimientos es fluida y errática en comparación con la realidad. La sucesión de imágenes se caracteriza por discontinuidades y cortes abruptos que no experimentamos cuando estamos despiertos. En los sueños, un personaje o lugar puede transformarse en otro con increíble naturalidad, revelando el poder de transmutación de las representaciones mentales. La secuencia entrecortada de los símbolos determina un tiempo caracterizado por lapsos, fragmentaciones, condensaciones y dislocaciones, lo que genera múltiples e incluso dispares capas de significado. El arco de posibilidades del sueño es muy amplio y bordea lo insólito, lo inverosímil y lo caótico.

La interpretación de un sueño presupone la comprensión profunda del contexto real y emocional del soñante y puede ser extremadamente transformadora. ¿Por qué ese niño soñaba de forma recurrente con brujas, criminales, tigres y tiburones? ¿Sería suficiente señalar que evocaban el tiburón de Steven Spielberg o el macabro encuentro de Blancanieves con la vieja bruja malvada en la película de Walt Disney, ambos frecuentes en las pantallas de la época? ¿Qué denotan los elementos y las tramas de estas pesadillas tan nítidas y llenas de emoción? ¿Significan algo? ¿Hay lógica detrás del sueño? ¿Es el sueño un hecho explicable de la experiencia humana o un arcano insondable? ¿Soñar es un accidente o una necesidad?

Meses antes de la aparición de la primera pesadilla, un domingo al atardecer, el padre del niño murió fulminado por un ataque al corazón. La madre reaccionó con serenidad al principio, pero unos meses después, viuda con dos hijos que criar, trabajando todos los días y asistiendo a la universidad a intervalos, cayó en una fuerte depresión.